

Cierra los ojos

El cómo habían llegado hasta las inmediaciones del parque era algo que pocas de las mujeres que formaban la grisácea procesión podían explicar con claridad. Aprovechando la penumbra de una noche nublada y sus ropas estandarizadas, estaban allí, fuera, en un mundo del que habían sido privadas durante largo tiempo, incluso para las que solo llevaban unas semanas desconectadas, ya parecía una eternidad.

Lo que ninguna de ellas podía explicar era porqué se habían mantenido unidas, como si de una manada se tratase. Todas tenían diferentes destinos, pero seguían el mismo camino, sin un líder que las comandase. Las copas de los frondosos árboles ocultaban sus sombras mientras proseguían la silenciosa marcha.

Sara apoyó la mano sobre un gran tronco, tratando de recomponerse. Puede que fuese la única de aquellas mujeres que sintiese la responsabilidad de ponerlas a todas a salvo. Retirando con los dedos de la mano los restos de corteza seca que se le habían quedado pegados en la palma de la mano, suspiró. Las sirenas cada vez más sonoras despertaban en su interior el temor a ser encontrada de nuevo. Y su corazón dio un vuelco al comenzar a distinguir los colores del parque sobre las luces intermitentes rojas y azules. Pronto sería demasiado tarde, pensó, observando a sus compañeras. Ya ninguna tenía las fuerzas para continuar corriendo, siquiera para trazar un plan de huida.

Los nervios alzaron a varias presas, que se lanzaron a la carrera hacia las farolas que iluminaban el camino hacia la ciudad. Sara se preguntó si aquello habría delatado su posición a sus perseguidores. La mirada de su compañera de celda se preguntaba lo mismo mientras estudiaba los cuidadosos movimientos de su amiga para asomarse por encima de los arbustos. La curva en los labios de Sara detuvo todas las preocupaciones por un segundo.

- Tenemos que llegar al otro lado, en el parque, al otro extremo... - explicó Sara entre susurros, tratando en vano de mantener la calma.

Todo lo que pudieron responder las mujeres cercanas fue un dubitativo gesto de asentimiento de cabeza.

- Al otro lado hay un árbol, grande, muy grande, se traga la luz que le llega...

Sara no proporcionó más información en voz baja, y ninguna de las otras mujeres se la pidió, acostumbradas al silencio de la chica y sus frases inacabadas. Aun así, no dudaron en seguir sus pasos gateando hasta la enorme madriguera que era el árbol. Apenas una docena de mujeres formaban ahora el grupo, que perdía más y más miembros sin siquiera advertirlo, presas del pánico y nerviosismo. Apretadas y sin espacio para moverse, todas habían sido capaces de encontrar su hueco en el cascarón que todavía conservaba las hojas, a pesar de haber perdido sus anillos.

La mirada de Sara estaba fija sobre las cabezas de sus compañeras, allí donde las intermitentes luces teñían las copas de los árboles de colores. De nuevo, en la oscuridad del silencio, el nerviosismo empezó a aflorar. Solo fue necesario el estridente sonido de una alarma de móvil para que la mayoría saliesen en estampida del escondite. Sara permaneció en su sitio, escuchando las tres notas que se repitieron mecánicamente

durante unos segundos, hasta que los gritos ocultaron la melodía. La mano de su compañera asió fuertemente su brazo. Eran las únicas que seguían allí, mientras en el parque, la persecución continuaba. Ambas mujeres sabían que era inútil albergar esperanzas de no ser encontradas, pero igual de estúpido era pensar que podrían escapar, así que, puestas a imaginar finales de la situación, preferían quedarse con el segundo.

El inconfundible sonido de unas pisadas cercanas, aplastando la hierba a su paso, inició el ahogado llanto de su compañera. Sabían que no aguantarían mucho tiempo cuerdas si volvían a encerrarlas entre las cuatro paredes de las que habían escapado. Con una sutil caricia en la mano de su compañera, Sara consiguió que sus dedos se aflojasen lo suficiente para liberar el brazo de la trampa. Un segundo después selló la despedida con un beso en la mejilla.

Sara no esperó a que los pasos llegasen hasta su altura. Salió agazapada del agujero y se lanzó, como una leona que acecha a su presa, sobre el policía. Todo su cuerpo, aunque pequeño, desequilibró al desprevenido guardia, que calló sobre la hierba perdiendo su linterna entre los arbustos. Así fue como perdió la oportunidad de ver a la otra mujer salir del mismo agujero, corriendo hacia la oscuridad. Solo podía ver los enredados mechones oscuros que le cubrían el rostro y sentir una entrecortada respiración en su pecho. La mujer sin duda estaba tratando de retenerlo, pero no forcejeaba. Sus rodillas y codos se clavaban como estacas sobre sus extremidades, bloqueando cualquier movimiento. Pero el dolor no era más que una molestia. Girando sobre sí mismo y lanzando un grito al mismo tiempo, logró invertir la situación fácilmente. Sin embargo, la sensación de triunfo se evaporó rápidamente para dar paso a un agudo dolor en la entrepierna, que le obligó a encogerse y liberar a su atacante. Con los ojos empapados por las lágrimas, solo llegó a ver un haz de luz que se acercaba cada vez más a su posición.

- Hey, Dani ¿estás bien, colega? – le preguntó su compañero, tendiéndole la mano que no sujetaba la linterna.
- Sí – suspira el policía, tratando de olvidar el dolor – se me ha escapado una, hacia allí – señala un punto en la distancia con la vaga esperanza de recuperar su orgullo.

Pero Sara ya está lejos de allí. Jadeando por el cansancio, siente como le tiemblan las piernas por el esfuerzo, pero no se detiene, debe continuar. Callejeando por rincones abandonados hasta por la luz de la luna, corre sin mirar atrás. Un solo pensamiento recorre su mente “corre”. Y eso hace, hasta que inconsciente, se deja caer tras unos contenedores en un callejón oscuro y cierra los ojos.

Las primeras actividades antes del amanecer hicieron que Sara recobrase el conocimiento y, poco a poco, sus sentidos fueron despertando. Con las primeras luces, la chica pudo sentir las agujas que se clavaban en cada una de las fibras de sus músculos, pero no se dejó detener por ellas. Mirando hacia el cielo todavía anaranjado, comprobó que había terminado durmiendo entre dos edificios residenciales, unidos por cuerdas de tender, de las que colgaban las ropas de personas ajenas a todo lo que la noche

anterior había acaecido. Examinando los ladrillos de ambos edificios, Sara se decantó por usar el de su izquierda para realizar una escalada con la que alcanzar la segunda cuerda, sobre la que descansaban un par de pantalones y una camiseta verde, que calculaba serían de su talla. No fue una ascensión fácil, sobre todo por los calambres que recorrían su cuerpo, pero el esfuerzo se vio recompensando cuando sus pies tocaron de nuevo el callejón.

Casi podía sentir el helado cemento bajo las desgastadas suelas de las zapatillas que en algún momento fueron blancas, y ahora tenían un color grisáceo por la suciedad de la carrera. Mientras se cambiaba, su cuerpo se relajó, recordándola que hacía ya casi un día que no se llevaba nada a la boca. Desesperada, abrió un contenedor de basura, para deshacerse de su ropa de celda y comprobar el interior. Después de cuatro bolsas abiertas en vano, y con casi la mitad del cuerpo dentro del contenedor, consiguió dar con un paquete de galletas inacabado, que le supo mejor de lo que en realidad lucían. No había terminado de devorar el premio cuando una puerta, al otro lado del contenedor, se abrió violentamente, chocando con el cubo de plástico.

- ¡Largo de aquí! Ya os he dicho que no quiero que husmeéis en mi contenedor. – salió maldiciendo un hombre ya canoso, sosteniendo un cucharón como arma intimidatoria.

De la puerta abierta se escapó el olor a azúcar y hojaldre que inundó el inmundo callejón. Presa de la preocupación, Sara miró al hombre, hacia la calle desierta, hacia arriba... y sus ojos se quedaron en blanco al mismo tiempo que sus pensamientos. Su cerebro había quedado exhausto tras la pasada noche.

Leyendo en el rostro de la chica la preocupación, pero sin identificar su causa real, el hombre la invitó al interior de la pastelería, bajando el cucharón, en un arrebato de compasión. Sara no pudo hacer más que agradecer en voz baja al traspasar el umbral y al serle ofrecida una silla en la cocina, y al ponerle delante un vaso de leche caliente... el hombre había dejado de hablar cuando se percató de que no recibía respuesta, y ahora se dedicaba a observar a la chica como quien recoge a un gato callejero y espera que algo ocurra en el interior del hogar, que le haga decidir el futuro del animal.

La decisión pareció tomarse sola con el paso de la mañana, cuando la mujer del pastelero pidió ayuda a su marido y fue Sara quien tomó la iniciativa, demostrando todo lo que había aprendido en sus años en la cocina de la cárcel. El día se convirtió en noche antes de que volviese a salir de la cocina, y cuando lo hizo cargaba con una bolsa en cuyo interior estaba perfectamente doblado un viejo uniforme de la pastelera y una bolsa de cartón que respiraba el calor del horno, contagiando al uniforme el olor a galletas recién horneadas.

Sara no tenía a donde ir, pero sí a donde volver el día siguiente, así que cuidó de no alejarse mucho del lugar, encontrar un sitio en el que dormir, donde no la pudiesen encontrar, y buscar nueva ropa con la que presentarse el día siguiente a su nuevo y primer trabajo. No tenía miedo de ser descubierta porque su última foto del registro

distaba mucho de parecerse a la larga melena oscura que caía sobre sus hombros. Aun así, prefirió mantenerse oculta en las sombras y en el interior de la cocina durante los meses sucesivos a su adopción en el mundo civilizado.

Sus ingresos no eran muchos, pero su falta de gastos le permitió encontrar un apartamento en el que ocultarse por un precio asequible y en el que ir almacenando ropa, objetos y otros objetos solo con valor material. Durante este tiempo aprendió más de pasteles y galletas que sobre supervivencia, y esperó a que su foto en el tablón de anuncios de la policía quedase cubierta por otras. Entonces, y solo entonces, fue cuando Sara tomó la determinación de descubrir el paradero de sus compañeras, acercándose a la comisaría general cubierta con una buena capa de maquillaje y sangre fría. Con lo que no contaba era con que allí había una persona que no necesitaba de su foto para recordar su cara, y que desde su último encuentro se había dedicado a esperar a que este momento sucediese.

Aunque Sara permaneció ajena a todo ello, su vida dio un giro cuando el pastelero le pidió hacerse cargo de tomar los pedidos en el frente de la tienda, de cara al público. El corazón de la chica se aceleró, no de miedo, sino de emoción. Ya había podido demostrar sobradamente sus habilidades culinarias, y llegar a mejorárlas hasta límites que ni ella misma esperaba. Un nuevo desafío aparecía ante ella, y la chica lo abrazó con ganas, deseando descubrir hasta donde conseguiría normalizar su situación en la ciudad.

Aunque normal nunca sería. Hasta la fecha no había logrado entablar amistad con nadie, ni siquiera con el matrimonio que tan amablemente la había acogido, tampoco con los clientes habituales de la tienda. Algo en su interior se enfriaba cada vez que alguien se acercaba, y no solo se mostraba reservada por su timidez, sino también por miedo a ser descubierta. No tenía una infancia para ser contada, ni una adolescencia para ser escuchada... su vida desde el primer recuerdo había sido poco normal, y lo especial suele llamar la atención, de un modo que la chica no podía permitirse. De manera que su vida, al final, se había sumergido en una monótona rutina, cuya única satisfacción consistía en superarse a sí misma y ascender en la pequeña pastelería que le había dado una nueva vida.

La campanilla de la puerta repicó advirtiendo el paso de un nuevo cliente al interior de la tienda. Automáticamente Sara levantó la mirada, absorta en sus pensamientos, y se dirigió a la caja con una sonrisa casi mecánica.

- Buenos días – saludó una voz con un timbre que a la chica le resultó familiar.

Entonces fue cuando sus ojos ajustaron la vista para ver al hombre que acababa de entrar. Con traje negro y corbata, no había nada en él que pareciese salirse de lo normal, salvo unos ojos oscuros que la estudiaban, como la estudiaron en la oscuridad de una noche lejana. Al instante, los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. No se produjo ningún sonido, y durante un minuto, pudo escucharse el ruido de la cocina, que atravesaba el aire hasta el escaparate. Antes de que Sara pudiese apartar la mirada o siquiera parpadear, la campanilla de la puerta rompió el sonido, y el hombre se despidió.

- Te espero fuera cuando termines.

Sara no llegó a contestar. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y continuó su turno, intentando mantener en calma sus pensamientos sin ningún éxito. Su respiración se aceleró, descompasándose con los prolongados parpadeos que permitían a la chica fantasear en la oscuridad de sus ojos. Al principio pensó en escapar, pero deseó la idea al darse cuenta de que la volverían a encontrar. Resignada, continuó trabajando hasta que pudo tender el delantal amarillo de la y despedirse tímidamente de la pareja antes de cerrar la puerta del callejón.

- Me alegro de que no hayas huido – suspiró una voz detrás de la puerta.

Ciertamente, el policía no había especificado en qué lugar la esperaría, era lógico que apareciese allí. Con un suspiro, Sara se detuvo y miro fijamente al suelo sin saber qué hacer. Luego cerró los ojos deseando que todo terminase.

- Caminamos un rato. – propuso el chico invitándola a salir primero del callejón.

Ese gesto no fue más que mera educación, ya que durante el paseo Sara no marcó la dirección a seguir en ningún momento. Unos centímetros por delante de ella, caminaba Dani, a paso rápido y sin voltearse para comprobar que ella le seguía. Aun en shock, la chica continuaba mirando las grietas del suelo. Un suelo demasiado lejos de la parte de la ciudad que conocía. Tampoco importaba el destino al que se dirigían, solo quería que acabase cuanto antes para poder rendirse y descansar. Cerrar los ojos y volver a despertarse contemplando el agrietado techo de su celda.

Los pasos del chico se detuvieron en el portal de una urbanización y mientras sus manos se removían en los bolsillos de sus pantalones buscando las llaves, la chica aprovechó para levantar la vista y echar un vistazo a su alrededor. Árboles en filas intercalados con farolas, aceras rectas e infinitas... sin duda habían llegado hasta una de las nuevas zonas de la ciudad.

Aunque Sara se enorgullecía bastante de la decoración minimalista de su apartamento de alquiler, las siluetas que atisbó mientras Dani abría la puerta del interior de la casa la deslumbraron, al mismo tiempo que aspiraba un aroma a madera recién cortada. Apenas tuvo tiempo de contemplar los grabados del aparador de la entrada mientras el chico ascendía por la escalera hacia el piso superior.

La luz de la luna y las estrellas bañaban un amplio espacio diáfano a través de una claraboya situada en el centro de la estancia. Sin volverse hacia la muchacha, Dani se acercó a una mesa e iluminó su superficie con un flexo, dejando también a la vista un corcho con los retratos de caras conocidas para la chica. Entre ellas la suya estaba resaltada por un gran círculo rojo.

- Me ha costado encontrarte más que a las demás. – Comenta Dani mientras le ofrece una silla en la que sentarse en la penumbra de la habitación. – Fue una larga noche para todos, estoy seguro de que no la habrás olvidado. Algunos pasaron página y otros simplemente... no pudimos. Cuando encontré a la primera de vosotras me ascendieron, aunque no era a ella a quien estaba buscando, pensé que me llevaría hasta ti. – con un gesto de la mano señaló la imagen de la compañera de celda de Sara. – Imagínate mi sorpresa cuando

confesó que nunca te llegaste a poner en contacto con ella... - después de una larga pausa, Dani continuó su relato. – Y cuando estaba a punto de darme por vencido, entraste en la comisaría, sin más, te paseaste, incluso dirigiste una sonrisa al comisario y saliste de allí caminando. No pude reaccionar en ese momento y durante días me dije a mí mismo que estaba equivocado, que no podía ser... Pero revisé las grabaciones una y otra vez, las seguí, y me volvieron a llevar hasta ti. La única de todas que consiguió una nueva identidad, ¿cómo debería llamarte ahora?

Se hizo el silencio en la buhardilla mientras Sara intentaba encontrar las palabras, la razón, por la que el policía estaba compartiendo todo eso con ella. Los retratos de sus compañeras seguían colgados en el cartel de la policía, pero nunca imaginó que lo hiciesen en otro lugar a parte del suyo.

- Mantendremos entonces el nombre que te dieron tus padres – tras una larga pausa, Dani continúa – Sara. ¿También te enseñaron tus padres a patear a los hombres? ¿o eso lo aprendiste en la cárcel? – Reclinándose sobre la luz, alargó una mano hacia la chica, que continuaba congelada, con el cuerpo completamente rígido sobre la silla.

En un gesto casi delicado el chico colocó un mechón de pelo de Sara detrás de su oreja. Y en un movimiento casi inalcanzable para los ojos de la chica, recibió una bofetada que la lanzó al suelo en un respiro. Un grito de dolor fue el primer sonido que Sara consiguió articular, mientras sintió el sabor salado de la sangre en su boca. Sin tiempo para decidir qué hacer con el líquido que se acumulaba entre sus dientes, un fuerte golpe en la tripa decidió por ella expulsar todo el contenido de su estómago.

Los ojos de Dani brillaban de ira y placer desde arriba. Su sonrisa expresaba todo lo que no decían sus labios, ahora sellados. Y con esa imagen la chica cerró los ojos y fantaseó, de vuelta a las cuatro paredes entre barrotes, de vuelta a la rutina, de vuelta a la pastelería... Pero cuando abrió los ojos lo único que alcanzó a ver fue la luz del día filtrándose a través de los polvorrientos cristales de la claraboya.

Sus tripas rugieron de hambre y dolor unos segundos después, mientras la chica serpenteaba por el suelo hasta la mesa y se ayudaba del mueble para incorporarse. Su cuerpo aún recordaba las peleas en la cárcel, pero hacía ya mucho tiempo desde la última vez que sus carnes habían experimentado ese dolor. El sol fue moviéndose poco a poco, recorriendo con el paso de las horas los rincones de la buhardilla. Sin escuchar un solo ruido proveniente del exterior, Sara encontró las fuerzas para recorrer el piso gateando, en busca de una salida. La mesa y dos sillas componían el único mobiliario de la habitación y los papeles no atravesaban ni una de las betas del suelo o las paredes. Ahora que el cerebro de la chica empezaba a experimentar algo cercano a claridad se percató de que la altura del piso no estaba bien, demasiado bajo, demasiado estrecho. Detrás de la madera es posible que encontrase una capa de material insonorizado, pero no tiene las herramientas para comprobar su teoría.

La luz del sol empezó a ocultarse mientras Sara revolvía los papeles, repasando los nombres, caras, informes, recortes de periódico, recuerdos... todo atravesaba su mente

sin tener tiempo suficiente para procesarlo. Sentada en la silla y recostando la cabeza sobre su mano continuó pasando páginas, cuando un destello desvió su atención hacia una esquina de la buhardilla. Sin pensarlo dos veces se lanzó al suelo para atrapar entre las manos un diminuto crucifijo de aluminio. Hace algún tiempo debió ser parte de un colgante, y Sara no lo supuso solo por la anilla que cuelga en el palo vertical, ya había visto antes ese crucifijo, colgando del cuello de su compañera de celda.

Como si las piezas comenzasen a encajar, los recortes de periódico con los anuncios de las desapariciones y los informes comenzaron a cobrar sentido. La policía no encontró a ninguna de ellas, Dani lo hizo.

Después nada más se supo.

Acurrucada en el rincón Sara dejó que sus lágrimas fluyeran con los ojos cerrados.

Allí, en la oscuridad, podía todavía saborear el olor de las galletas recién horneadas y sentir como el sol acaricia su piel entre los barrotes. Quizá, solo quizá, hubiese sido mejor conservar la esperanza entre las cuatro paredes de las que escapó.